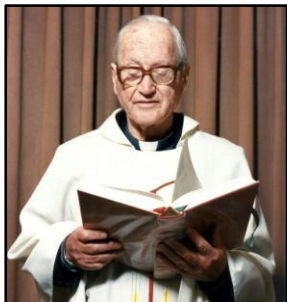


PADRE JUAN TOMAZIC

(1912-1997)



El Padre Juan Tomažič (1912–1997), sacerdote esloveno y posteriormente ciudadano argentino, dedicó su vida entera al servicio de Dios y de la Iglesia. Su existencia estuvo marcada por la fidelidad al Evangelio, la pobreza evangélica, la humildad y una entrega generosa que lo convirtió en un pastor muy querido por sus comunidades, tanto en Eslovenia como en Mendoza, Argentina.

Nació el 18 de noviembre de 1912 en Ljubljana, Eslovenia, y creció en la localidad de Smarije, junto a sus padres, Iván y Francisca, y su hermano menor, Stanislao María. Desde niño vivió una fe sencilla pero sólida en un hogar profundamente cristiano. En 1930, durante la solemnidad de Pentecostés, experimentó de manera definitiva la presencia real de Jesús en la Eucaristía. A partir de esa vivencia decidió ingresar al Seminario de Ljubljana, alentado por las palabras de su padre (“o buen sacerdote o nada”) y de su madre (“nunca te olvides de los pobres”). Fue ordenado sacerdote el 5 de julio de 1936 por el obispo Rožma.

Sus primeras tareas se desarrollaron en el ámbito educativo, como prefecto en el Colegio San Stanislav y luego en la parroquia de San Pedro en Ljubljana. Pero la Segunda Guerra Mundial y la instauración del comunismo en Yugoslavia trastocaron su vida. En 1945, con la persecución a los sacerdotes, se vio obligado a huir. Así comenzó su primer exilio en Austria, donde ejerció su ministerio en comunidades rurales, vivió escondido en montañas y enfrentó la dura noticia del asesinato de su hermano a manos de los comunistas. A pesar del dolor, continuó sirviendo con fe y esperanza.

En 1949 emprendió un segundo y definitivo exilio, esta vez hacia Argentina, gracias a la ayuda de organismos internacionales. Tras una breve estadía en Buenos Aires, fue enviado a Mendoza, diócesis donde permanecería hasta el final de sus días.

Su primera misión fue en la parroquia de Santa Rosa, un territorio extenso y desértico donde permaneció 17 años. Enfrentó grandes dificultades: el idioma, las distancias, la soledad y la precariedad material. Sin embargo, con esfuerzo y cercanía pastoral logró construir y restaurar iglesias y capillas, consolidar la vida parroquial y ganarse el cariño de la gente. Años más tarde fue reconocido como “Ciudadano Ilustre” del departamento.

En 1967 el obispo Maresma lo trasladó a la parroquia San Vicente Ferrer de Godoy Cruz, una de las más antiguas y populosas de Mendoza. Allí permaneció tres décadas, transformando una comunidad golpeada por crisis en una parroquia renovada y activa. Reconstruyó la iglesia en lo material, reorganizó la catequesis, los movimientos laicales,

Cáritas y la pastoral juvenil, de la cual surgieron vocaciones sacerdotales. Su estilo fue siempre el de un pastor cercano, humilde y entregado.

El Padre Juan basó su vida en la oración y en la Eucaristía. Tuvo una profunda devoción a la Virgen María bajo la advocación de “Marija Pomagaj”, patrona de Eslovenia. San Juan de la Cruz fue su guía espiritual, del que tomó la confianza en Dios incluso en medio del sufrimiento. Practicó con heroísmo la fe, la esperanza y la caridad; vivió en austeridad, sin bienes propios, y siempre con una opción preferencial por los pobres, cumpliendo el mandato de su madre.

Fue confesor y director espiritual de sacerdotes, seminaristas y laicos. Muchos lo buscaban por su carisma en el sacramento de la reconciliación. Además, fue asesor del Seminario Mayor de Mendoza, acompañando a jóvenes en su camino vocacional. Se destacó en la atención a enfermos, visitándolos a cualquier hora y lugar, incluso cuando su salud ya estaba debilitada. La vida del Padre Juan estuvo marcada por grandes pérdidas: no pudo volver a ver a sus padres, sufrió el asesinato de su hermano, perdió la patria por la que tanto había luchado y padeció problemas de salud como la ceguera de un ojo, un infarto cerebral en 1987 y el infarto definitivo en 1997. Sin embargo, nunca se lo escuchó quejarse; asumía todo como una gracia de Dios y lo ofrecía con alegría y serenidad. En 1996 se trasladó a la Casa del Clero en Mendoza, donde celebró sus 60 años de sacerdocio rodeado de obispos, sacerdotes y fieles agradecidos. Falleció el 5 de junio de 1997, un jueves sacerdotal, fecha que él mismo había presentado. Fue velado en su parroquia San Vicente Ferrer, donde pidió descansar para siempre. Sus restos reposan a la derecha de la entrada principal del templo, siendo lugar de oración para quienes lo recuerdan.

El Padre Juan Tomažič dejó un testimonio de santidad marcado por la entrega total: “Dios mío, con alegre y sincero corazón te lo he entregado todo”, fue el lema que eligió para resumir su vida. Quienes lo conocieron dan fe de que así lo vivió: humilde, pobre, servidor y siempre dispuesto a amar. Su recuerdo perdura en la Iglesia mendocina y en la comunidad eslovena, como ejemplo de sacerdote fiel, pastor cercano y hombre de Dios.